

La muralla del Cerco: la construcción material y su representación

The *Cerco* and its Wall: material building and representation

Charles GARCIA

Universidad de Poitiers y CNRS

Centre d'études supérieures de civilisation médiévale (CESCM)

RESUMEN

Junto a los héroes del episodio histórico del Cerco de Zamora, otro protagonista se impone por su presencia a la vez física, narrativa y simbólica: la muralla de la ciudad. Carente de tan impresionante recinto, el asedio militar hubiera conocido otro rumbo y la urbe del Duero no estaría asociada a sus murallas para la eternidad. En tanto que auténtico lugar de memoria forjado a finales del siglo XI, hemos optado por el análisis de la representación de la fortaleza como medio metodológico para adentrarnos en la sociedad y en la cultura de la plena Edad Media en el reino de León-Castilla.

PALABRAS CLAVE : Edad Media, Zamora, Sancho II, muralla, regicidio, representaciones.

ABSTRACT

Together with the heroes participating in the historical Siege of Zamora, the city walls emerge as a new protagonist that imposes a physical, narrative and symbolic presence. Had the city not been surrounded by such an astonishing walled enclosure, the military siege would have changed direction, and this city on the Duero river would not have been connected to its walls forever. As a real memorial place built up at the end of the 11th century, we have chosen to analyze the representation of this fortress as a methodological way to approach the Medieval society and culture in the Leon-Castile kingdom.

KEYWORDS: Middle Ages, Zamora, Sancho II, great wall, regicide, representations.

Recibido: 27/02/2016

Revisado: 22/04/2016

Aceptado: 30/06/2016

Cuando se habla de las ciudades medievales, la idea que de inmediato viene a la mente es la de las murallas, porque estas son el elemento que mejor tipifica simbólicamente las viejas aglomeraciones: «el ideograma urbano por excelencia»¹. En la Edad Media, los tratados que se escribían sobre las urbes acostumbraban a comentar la disposición de las murallas o, cuando no, las virtudes de las fortalezas inexpugnables². Dado que Zamora encaja a la perfección en esta categoría de universo mental, la capital *duriense* fue, y sigue siendo, una de las plazas fuertes mejor recordadas en el imaginario peninsular.

En tanto que creaciones humanas, las murallas son realidades materiales que remiten a los habitantes de un lugar. Por sus magnas dimensiones –25,5 ha para el primer recinto–, los paredones zamoranos edificados con piedras cuarzosas³ debieron representar en su día un importante coste

¹ BOUCHERON, Patrick; MENJOT, Denis y BOONE, Marc: *Histoire de l'Europe urbaine. 2. La ville médiévale*, París: Le Seuil, 2011, p. 287.

² NUTI, Lucia. «El espacio urbano: realidad y representación», *Arte e historia en la Edad Media I. Tiempos, espacios, instituciones*, Castelnovo, Enrico y Sergi, Giuseppe (dirs.), Madrid: Akal, 2009, pp. 215- 251, p. 215.

³ NUÑO GONZÁLEZ, Jaime. «Murallas», *Enciclopedia del románico en Castilla y León. Tomo 6, Zamora*, García Guinea, Miguel Ángel y Pérez González, José María (dir.), Aguilar de Campóo: Fundación Santa María la Real, 2002-2007,

para los vecinos del lugar⁴, muchos gastos y sacrificios⁵. Continuadores y herederos de la Antigüedad clásica⁶, los zamoranos de la Edad Media veían los murallones que cercaban las peñas de Santa Marta con una fuerte carga bélica, aquellas espesas paredes eran para ellos la imagen que mejor definía la ciudad, la que mejor reflejaba su importancia y poder. Dentro del recinto, los zamoranos se sentían orgullosos de vivir en él, en armonía con las leyes del universo. Sin embargo, un día del año 1072, la tranquilidad habitual se rompió a raíz del famoso episodio del cerco y del enfrentamiento fratricida que acabó en regicidio, un crimen tabú para los medievales que por su esencia causó espanto entre los guerreros enfrentados⁷: alguien se había atrevido a matar al monarca castellano, vicario de Cristo en la tierra⁸.

Muchas son las páginas que se han escrito sobre un asedio mundialmente conocido que, por supuesto, ha dejado una fuerte impronta en la ciudad. Desde hace algunos años, las autoridades locales han emprendido con éxito la recuperación progresiva, por tramos, de los lienzos de la muralla que todavía permanecen ocultos por los edificios adosados⁹. De hecho el recinto se ha convertido en la principal seña de identidad de la ciudad medieval «reinventada» o «recuperada» por la modernidad. Vista desde una perspectiva romántico-historicista, la muralla es la imagen de un pasado, el medieval, ideal y onírico. Pese a los avances de la investigación, cuando se coteja la documentación medieval con los datos que proporciona la arqueología, los resultados son relativamente decepcionantes, como si existiera un abismo entre el discurso de las narraciones de los clérigos de los siglos XII y XIII¹⁰ –los «intelectuales» de la época– sobre Zamora y la materialidad del parcelario físico arrojado por las excavaciones, bastante alejado de la retórica eclesiástica¹¹. Con independencia de ello, es evidente que las representaciones que los autores del Medievo diseñaron sobre la urbe *duriense* han prevalecido en el tiempo sobre las demás, hasta el punto de que el imaginario que aquellos hombres inventaron sigue nutriendo la mente de los actuales vecinos y de todos los que se acercan a visitar la ciudad.

En la Edad Media, la muralla era el símbolo por antonomasia de las villas¹², y por eso se solían representar los muros por abstracción metonímica en los escudos de armas. La efigie de las fortalezas expuesta a la vista de todos dejaba entrever una identidad cuidadosamente pensada por medio de una representación a la vez material y mental. La primera función de la muralla era la de

pp. 357-366, p. 358: «En general la fábrica se hizo a base de mampostería y sillería arenisca local, empleándose aquella preferentemente en los sectores del sur, mientras que los sillares son más característicos de los paramentos del norte».

⁴ *Siete Partidas*, III. 32. 20

⁵ LADERO QUESADA, Miguel Ángel. «Les fortifications urbaines en Castille aux XI^e-XV^e siècles: problématique, financement, aspects sociaux», *Fortifications, portes de villes, places publiques, dans le monde méditerranéen*, Heers, Jacques (ed.), París: Presses de l'université de Paris – Sorbonne, 1985, pp. 145-176, p. 157.

⁶ En cuanto a la representación mental por supuesto se refiere, que no en lo material.

⁷ MARTÍN PRIETO, Pablo. «La infanta Urraca y el Cerco de Zamora en la historiografía medieval castellana y leonesa», *Anuario de estudios medievales*, 40/1, enero-junio de 2010, pp. 35-60.

⁸ *Siete Partidas*, Partida II, título I, ley V: «Vicarios de Dios son los reyes cada uno en su reyno, puesto sobre las gentes para mantenerlas en justicia e en verdad [...] E los santos dixeron que el rey es puesto en la tierra en lugar de Dios, para cumplir la justicia, e dar a cada uno su derecho»; NIETO SORIA, José Manuel, «Imágenes religiosas del rey y del poder real en la Castilla del siglo XIII», *En la España medieval*, 5, 1986, pp. 709-729.

⁹ ARÍZAGA BOLUMBURU, Beatriz. *La imagen de la ciudad medieval: la recuperación del paisaje urbano*, Santander: Universidad de Cantabria, 2002, pp. 21-25.

¹⁰ En la Edad Media, incluso los diplomas eclesiásticos, considerados a veces como documentos «objetivos» escritos para dar fe con imparcialidad de un acto, tenían una elevada carga ideológica, cf., ARIZALETA, Amaia. «Écritures de clergie. De la charte à la littérature (Castille, XII^e-XIII^e siècles)», *e-Spania*, 2, diciembre 2006, URL: <http://e-spania.revues.org/4253>; DOI: 10.4000/e-spania.4253

¹¹ RAMOS FRAILE, Pilar y MARTÍN DÍEZ, Raimundo. «Lectura de paramentos en un tramo del primer recinto amurallado de Zamora. Sector el Carmen de San Isidoro», *Anuario del instituto de estudios zamoranos «Florián de Ocampo»*, 28, 2011, pp. 39-58; VILLANUEVA MARTÍN, Luis Alberto; BARRANCO RIBOT, José María y DELGADO ARCEO, María Eugenia. «Actuación arqueológica en las obras de emergencia de las murallas de Zamora, tramo Puerta del Obispo / Peñas de Santa Marta», *Anuario del instituto de estudios zamoranos «Florián de Ocampo»*, 28, 2011, pp. 59-80.

¹² Así pensaba ya Gregorio de Tours, un autor para el que la muralla era el atributo urbano más sugestivo de la ciudad; DÍAZ y DÍAZ, Pablo C. «City and Territory in Hispania in Late Antiquity», *Towns and their territories between Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Brogiolo, Gian-Pietro; Gauthier, Nancy y Christie, Neil (eds.), Leyden-Boston-Colonia: Brill, 2000.

separar, la de delimitar dos espacios diferentes: un interior cerrado opuesto a un exterior abierto e ilimitado¹³. Siguiendo el mismo enfoque, la muralla establecía una distinción o topografía social entre los habitantes de adentro, aquellos que se sentían protegidos y organizados, y los de afuera, a quienes se sospechaba de querer atentar contra los primeros por el simple hecho de vivir en un mundo no ordenado. En una sociedad como la medieval estructurada en torno a los dualismos generados por los contrastes, los habitantes de la ciudad —«civilizados» en sentido propio— se oponían a la gente del campo, los *rustici*, aquellos que moraban en un espacio indómito, poco organizado y en el que reinaba la soledad. La construcción medieval de los recintos urbanos era por lo tanto más que una simple empresa material y física —o sea arquitectónica— debido a la importancia que encerraban los aspectos míticos o heroicos relacionados con lo sobrenatural o lo misterioso. Guibert de Nogent presentó (circa 1106-1111) por ejemplo a la famosa metrópoli de Antioquía de la manera siguiente:

«gemino est civitas circumdata muro, altero quidem mediocri; altero autem incredibiliter lato et preter solitum procero saxisque extracto maiestate enormibus, circumpositis eidem quadringentis quiquaginta turribus»¹⁴

Construir una magna fortificación en los tiempos remotos era considerado como una tarea insuperable para los hombres, por ello, para cumplir con el necesario cometido, los mortales recibían la ayuda de alguna divinidad, el respaldo de algún héroe como Ulises o Hércules¹⁵, o, cuando no, se beneficiaban del hallazgo fortuito de un tesoro.

1. ZAMORA: UNA CIUDAD MURALLA

Mientras la mayoría de las ciudades fortificadas de la Meseta norte cuentan con alguna que otra rica leyenda sobre unos orígenes lejanos¹⁶, Zamora carece de semejantes narraciones etiológicas, a pesar de tener una gran fama literaria de ciudad inexpugnable¹⁷. Esta ausencia problemática propició que en la Castilla medieval el *romancero*¹⁸ dedicado a la ciudad desempeñase en la sociedad un papel parecido al que la mítica y amurallada Troya, con sus leyendas, había tenido en la literatura de la Grecia clásica:

*Allá en Castilla la Vieja
un rincón se me olvidaba,
Zamora había por nombre,
Zamora la bien cercada;*

¹³ Salvando los tópicos aquí presentados, por esencia generalizadores, lo cierto es que la muralla zamorana arrastra un imaginario que obliga a que el historiador lo tenga en cuenta. Sobre los tópicos de las murallas meseteñas, BENITO MARTÍN, Félix. *La formación de la ciudad medieval. La red urbana en Castilla y León*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2000, p. 133.

¹⁴ NOGENT, Guibert de. *Dei gesta per Francos et 5 autres textes*, R. B. C. Huygens (ed.), Turnhout: Brepols, 1996, CCCM, 127, 1, pp. 249-250: «La ciudad está rodeada por una doble muralla, una de las cuales es de dimensión modesta, pero la otra es de una extensión increíble y de una altura extraordinaria; esta segunda muralla está construida con enormes sillares y reforzada en toda su longitud por cuatrocientas cincuenta torres».

¹⁵ SEVILLA, Isidoro de, *Etimologías*, 2 t., Oroz Reta, José y Marcos Casquero, Manuel-A. (eds.), Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2000, t. 2, XV-1, pp. 210-226.

¹⁶ CATEDRA, María y TAPIA, Serafín de. «Imágenes mitológicas e históricas del tiempo y del espacio: las murallas de Ávila», *Política y Sociedad*, 27, 1997, pp. 151-183.

¹⁷ BUENO DOMÍNGUEZ, María Luisa. «La fortaleza de Zamora y su muralla en los acontecimientos históricos (1072-1371)», *Estudios de Historia medieval en homenaje a Luis Suárez Fernández*, Álvarez Palenzuela, Vicente Ángel *et alii* (coord.), Valladolid: Universidad de Valladolid, 1991, pp. 67-74.

¹⁸ LASKARIS, Paola. *El romancero del cerco de Zamora en la tradición impresa y manuscrita (siglos XV-XVII)*, Málaga: Universidad de Málaga, 2006.

*de parte la cerca Duero
del otro peña tajada*¹⁹

Este famoso romance ha dejado acuñado en el tiempo el imaginario sobre Zamora, es el que ha imprimido con mayor fuerza la representación en las mentes. El poema resume el perfil de lo que significaba ser entonces una ciudad invencible, y por ello la imagen se repite, pero ahora de forma gráfica, en el sello del concejo del siglo XIII²⁰ que permite contemplar los tres elementos definitorios de la invulnerabilidad: el río con el puente, la peña y las torres. El sello medieval que por fortuna se ha conservado individualiza la ciudad de Zamora, la señala frente a otras, pone en escena una estrategia de identificación cuyo objetivo consiste en singularizar la entidad que lo ostenta: la urbe. En este sentido se puede afirmar que el sello zamorano tiene más de instancia que de sustancia; remite a un destino particular, no ontológico.

¿Cuándo y por quién fueron edificadas las murallas de Zamora?²¹ Las crónicas cuentan que los muros ante los que se desarrolló el cerco habían sido parcialmente restaurados por Fernando I a consecuencia de las destrucciones causadas por los musulmanes a finales del siglo X y principios del XI²². Se sabe que a partir del año 977 Almanzor había lanzado una serie de ataques contra las fortificadas ciudades leonesas ubicadas a orillas del Duero. En un contexto de extrema agresividad, las acefas de los años 981-988 fueron devastadoras en el sector central y Zamora, conquistada y dominada por los «moros», tuvo que soportar la autoridad de un gobernador musulmán llamado Abu-al-Ahwas Man abd-al-Aziz al Tudyibi nombrado por el célebre *hayib* cordobés en el año 999²³.

Tras la época de las destrucciones²⁴ volvió la de las restauraciones y, unas cuantas décadas más tarde, Sancho II de Castilla se encontró en la margen norte del río con una línea de defensa inmejorable²⁵. Poco tiempo después de que los castellanos sitiaron la ciudad, las miradas de los beligerantes se detuvieron con fijeza en las puertas de la muralla²⁶, y otro tanto harían posteriormente los cronistas y los poetas que contaron los hechos bélicos²⁷. Durante los largos meses del cerco, las puertas del baluarte leonés fueron abiertas simbólicamente dos veces. La primera, para dejar entrar a Rodrigo Díaz de Vivar en el alcázar cuando en él se presentó el adalid en nombre de

¹⁹ *Romancero de Zamora*, Fernández-Prieto, Enrique (ed.), Zamora: Semuret, 1998, p. 42.

²⁰ FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo. «Sello del concejo de Zamora en el siglo XIII. Sección de ciencias históricas», *Boletín de la sociedad española de excursiones*, t. 2, 17, 1894, pp. 111-112; GÓMEZ-MORENO, Manuel. *Catálogo monumental de la provincia de Zamora*, León: Nebrija, 1980 (nueva ed.), [1ª ed., 1927], *Texto*, p. 144, *Láminas*, n° 150; LERA MAÍLLO, José Carlos de. «El concejo urbano: sello de la ciudad de Zamora», *Alfonso IX y su época*. «Pro utilitate regni mei», La Coruña: Ayuntamiento de La Coruña, 2008, pp. 227-228.

²¹ BUENO DOMÍNGUEZ, María Luisa. *Historia de Zamora. Zamora de los siglos XI-XIII*, Zamora: Fundación «Ramos de Castro», 1988, pp. 83-90.

²² *Primera crónica general*, Menéndez-Pidal, Ramón (ed.) Madrid: Gredos, 1955 (=PCG); p. 490: «Después desto, rogáronle [a Fernando I] los de León et pidiéronle mercét que poblasse et refiziesse la cibdad de Çamora, que estava despoblada et muy maltrecha por el destruyimiento que los moros fizieran en ella. Et el rey fizolo por ruego dellos et por enfortalecer más su regno, et poblóla et diól buenos fueros et ensennóles buenas costumbres pora siempre. Et esto fizieron orossí los de León porque de antigo tiempo fueran amigos ellos et los de Çamora, et porque ámas aquellas cibdades destruyera el moro Almançor»; RAMOS DE CASTRO, Guadalupe. *Las murallas de Zamora*, Zamora: Ministerio de Educación, 1978.

²³ SÉNAC, Philippe, *Al-Mansûr, le fléau de l'an mil*, París: Perrin, 2006, p. 130.

²⁴ PCG, p. 424: «et los moros estonces, pues se vieron tan bienandantes contral conde Fernand Gonçalez et contra sus cristianos, dexaron Castiella et entraron por León, et crebantaron como moros la postura de las pazes que avien firmada con el rey don Ramiro [III] de León: et fueron et cercaron Çamora et prisiéronla, et entráronla et destruyéronla toda».

²⁵ GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, José Avelino. *Fortificaciones y feudalismo en el origen y formación del reino leonés (siglos IX-XIII)*, Valladolid: Universidad de Valladolid, 1995, p. 143: «Con todo, podemos percibir una «imagen» de Zamora como la única ciudad leonesa con una arquitectura militar plenamente medieval, mas afín a la que por entonces se levantaba en Ávila que a los modelos hasta ahora conocidos al norte del Duero».

²⁶ PCG, *op. cit.*, p. 505: «Después de aquello, cavalgó el rey con todos los de su mesnada, et fue andar en derredor de la çibdad, et vió cómo estava en penna taiada, et los muros fuertes et las torres orossí fuertes et espessas, et de la otra parte del río de Duero quel corríe al pie; et dixo a aquellos que anadavan con él: 'agora veét cómo es esta villa fuerte...».

²⁷ Sobre la singularidad de las puertas y las reiteradas citas, *cf.* en este mismo dossier el trabajo que se publica de Pablo MARTÍN PRIETO titulado «Anatomía de un regicidio».

Sancho para pedir la rendición de Urraca; la segunda, para que saliera Vellido Dolfos del recinto a hurtadillas para dar muerte al rey agresor²⁸. Cuenta la tradición oral que el regicida salió por la puerta cercana a la iglesia de San Isidoro, una que está orientada hacia el norte de la villa²⁹. La mentada puerta se hizo famosa a raíz del crimen, razón por la que la *vox populi* la califica con el apelativo de: «postigo de la traición»³⁰, aunque desde el 22 de diciembre de 2010 se llame oficialmente: «portillo de la lealtad»³¹.

Las crónicas del siglo XIII explican que el cerco duró siete meses sin que la ciudad se rindiera, como tampoco se había rendido en la famosa «jornada del foso», o «día de Zamora», allá por el año 901, en tiempos del rey de Oviedo Alfonso III³². Este combate grabado en las memorias fue sangriento en ambos bandos, y singularmente espantoso para los musulmanes³³. A raíz de la matanza, la imagen de la indomable Zamora arraigó con fuerza en la mente de los ismaelitas. Durante siglos, Zamora fue para los infieles una ciudad cercada por siete fosos y por siete murallas contra la que habían fracasado las tropas sarracenas³⁴, guardando de ella el recuerdo perpetuo de un amargo baluarte³⁵. La victoria de los cristianos fue en parte obra del héroe hispánico pre-cidiano Bernardo del Carpio cuyo protagonismo ante Zamora fue celebrado con orgullo por los cronistas posteriores³⁶. El tema bernardino de probable origen épico fue integrado a la crónica por el Tudense, el primero en hacerlo, y por sus epígonos: el Toledano y el rey Sabio³⁷. La aparición de Bernardo en la geografía zamorana en los albores del siglo X enlaza miméticamente con el modelo

²⁸ *Chronica naierensis*, Estévez Sola, Juan Antonio (ed.), Turnhout: Brepols, 1995, pp. 174-175: «portas fecit aperiri [...] ut ruertenti portas aperiant mandat [...] arrepta lancea, illum insequitur inter portas semiclausas; lancea proditoris equum percutit fugientis».

²⁹ PCG, *op. cit.*, p. 511: «mostrol aquel traydor aquel postigo quel dixiera por o entrarien en la villa [...] pues quel ouo ferido [...] fuesse quanto mas pudo pora aquel postigo que el mostrata al rey pora furtar la villa [...] Et Vellido dexo de yr al postigo et fuesse a la puerta de la villa».

³⁰ MONTANER FRUTOS, Alberto. «La huida de Vellido, ¿por las puertas o el postigo? (o de la *Chronica Naierensis* y las fuentes alfonésicas)», Alemany, Rafael; Martos Sánchez, Josep Lluís; Manzanaro i Blasco, Josep Miquel (eds.), *Actas del X congrés internacional de l'associació hispànica de literatura medieval (Alicante, 16-20 setembre 2003)*, Alicante: Institut interuniversitari de filologia valenciana, 2005, t. III, pp. 1179-1197.

³¹ Cuando los políticos se ponen a instrumentalizar la historia..., las cosas acaban en farsa. Resulta curioso que a algunos se les antoje cambiar lo que el pueblo creó y mantuvo durante siglos. Por mucho que se altere legalmente el nombre de la puerta, poca fuerza tendrá ante el calado popular y la gente la seguirá llamando de la «traición», guste o no guste a los oficiales.

³² LUIS CORRAL, Fernando. *Zamora, de las crónicas al romancero*, Salamanca: Fundación Sánchez-Albornoz, 1993, pp. 22-31; pp. 63-71.

³³ MAÍLLO SALGADO, Felipe. *Zamora y los zamoranos en las fuentes arábigas medievales*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1990, Ibn Hayyân (987-8/1076), *Kitâb al-Muqtâbis*, p. 29: «Esta derrota, en que los musulmanes sufrieron muchas bajas aumentó la audacia de sus enemigos, los leoneses, quienes sin pérdida de tiempo empezaron a tomar el desquite, maltratando a los islamitas. Dicha batalla es conocida entre los habitantes de la Frontera por el «día de Zamora», y acaeció diez días antes del fin de rayab, el año 288 de la hégira (10 de julio de 901)».

³⁴ *Ibidem*, Al-Mas'ûdî (†956-957), *Kitâb Murûy*, pp. 18-19: «Zamora. Está rodeada de siete murallas de magnífica fábrica que los antiguos reyes procuraron hacer inaccesibles, poniendo entre ellas taludes y anchos fosos llenos de agua»; al-Idrîsî (1100-1166), p. 34: «Zamora, ciudad importante, [es] una de las capitales de los cristianos, situada en la orilla septentrional del Duero, con sólidas murallas de piedra»; Ibn Fadl Allâh al-'Umari (1301-1349), *Masâlik al-absâr*, pp. 44-45: «Zamora es una ciudad importante, una de las capitales de los cristianos. Situada al norte del río Duero, está guarnecida de una sólida muralla de piedra»; sobre el *Kitâb al-Rawd al-Mi'târ*, de Al-Himyari (1461), p. 51: «Es una hermosa ciudad, una de las capitales de los Rum. Está rodeada de un cerco de siete murallas [concéntricas] de notable construcción con las que fue dotada por soberanos de la antigüedad. Entre las murallas hay antemuros, fosos y anchas zanjas de agua».

³⁵ SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio. *Orígenes de la nación española. Estudios críticos sobre la historia del reino de Asturias*, 3 t., t. 3, *El reino de Asturias*, Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1984 (nueva ed.), p. 583.

³⁶ TUY, Lucas de, *Chronicon mundi*, Falque Rey, Emma (ed.), CCCM, 74, Turnhout: Brepols, 2003, libro IV, cap. 20; JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo. *De rebus Hispaniae siue historia gothica*, Fernández Valverde, Juan (ed.), CCCM, 72, Turnhout: Brepols, libro IV, cap. XV; PCG, caps. 649-650, p. 370.

³⁷ Varias son las crónicas que relatan el episodio zamorano, caso de la *Historia Silensis*, de la *Chronica naierensis* o del *Chronicon Mundi*. Sobre la actuación de Bernardo, seguimos el relato más completo, el de la PCG, p. 370: «Et Bernardo veno luego y con muy grand hueste, et en llegando fue ferir en ellos, et venciólos et mató y a aquel so señor déllos et a muchos de los otros: et los que pudieron déllos escapar, fuxieron. Et cuenta aquí la estoria que tan grand espanto avien ya deste rey don Alfonso los moros, que por fuerça le ovieron a enviar demandar treguas et ganarlas et ponerlas con él por una grand sazón por mucho aver quel pecharon».

de la presencia del Cid en el mismo escenario a finales del siglo XI³⁸. Bernardo, como luego haría el Cid, participó en innumerables batallas ayudando a Alfonso III y acabó siendo desterrado por el monarca a pesar de su firme y constante lealtad.

Siete meses de asedio, siete murallas, siete fosos..., para los medievales, el número siete³⁹, considerado como la suma del 3 y del 4 era símbolo de universalidad, es decir de un elemento que lo englobaba todo⁴⁰. Para los cristianos el siete, desde la óptica de la relación entre el cielo y la tierra, asociaba las cuatro virtudes cardinales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza) con las tres virtudes teologales (fe, esperanza y caridad). El siete remitía a lo trascendente y, si nos atenemos al imaginario de la Edad Media, una de las ciudades donde mejor se unía el cielo con la tierra sería precisamente Zamora.

2. LA FORTALEZA Y LAS CRÓNICAS DEL CERCO

Cuando los cronistas del siglo XIII escribieron sus obras⁴¹, el imaginario de Zamora como ciudad inexpugnable ya existía entre la población⁴². Bastaba por lo tanto a dichos autores con retomar el tema de la conocida invulnerabilidad para dar un sesgo dramático a la epopeya que se había desarrollado al pie de los anchos muros. Lo curioso del caso es que para estos «historiadores» el trágico desenlace ocurrido en Zamora había sido una especie de prueba, como una suerte de ordalía, previa a la reunificación de Castilla y León, cosa que ellos mismos estaban viviendo, aunque de forma distinta, en torno a 1230. Las noticias de las crónicas⁴³ no son por lo tanto alusiones a la realidad histórica del momento, analizada por así decir en clave positivista, y por eso merecen ser estudiadas por lo que nos dicen sobre la sociedad feudal, de la que nos ofrecen una visión codificada.

A pesar de la importancia simbólica de las murallas zamoranas, y como ya se ha observado, poco se sabe sobre su origen, el tiempo que duró la edificación o la cantidad de obreros que

³⁸ MENÉNDEZ-PIDAL, Ramón. *El romancero tradicional. I. Romances del rey Rodrigo y de Bernardo del Carpio*, Madrid: Gredos, 1957.

³⁹ SILVERMAN, Joseph H. y ARMISTEAD, Samuel. «Siete vueltas dio al castillo...», *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 30, 3-4, 1974, pp. 323-326; TEJERO ROBLEDO, Eduardo. «El siete, número cósmico y sagrado. Su simbología en la cultura y rendimiento en el Romancero», *Didáctica (Lengua y literatura)*, 15, 2003, pp. 221-253.

⁴⁰ JEREZ, Enrique. «7 infantes 7. La leyenda a la luz del simbolismo tradicional», *Les sept infants de Lara. 1. L'histoire face à la légende, Cahiers d'études hispaniques médiévales*, 36, 2013, p. 239-255.

⁴¹ Es de observar que la llamada *Historia Silensis*, la fuente más próxima del episodio del cerco zamorano, es la menos «novelada» puesto que se conforma con recordar el asedio de la ciudad por Sancho, y la muerte «normal» del rey castellano, o sea propia de una operación militar. El monarca había muerto como víctima del «dolo» y de la «audacia» pérfidos de un caballero –puesto que todavía no se nombra a Vellido– dentro de un marco «legal» puesto que cuando ocurrió el regicidio, los zamoranos se beneficiaban del apoyo de Alfonso VI. Cf., *Historia silense*, Santos Coco, Francisco (ed.), Madrid: JAEIC, 1921, p. 9: «Interim congregato exercitu, Sancius rex obsedit Semuram, que prisco tempore Numancia vocabatur. Semurenses etenim ea tempestate immobiles permansere: qui profecto Semurenses Adefonsi regis presidio muniti, repulsam domini sui non ferentes, misso magne audacie milite, dum circumsederet eos, Sancium regem dolo interfecerunt. Qui nimirum ab eo lancea inopinata ex adverso perfossus, vitam pariter cum sanguine fudit».

⁴² PGC, p. 506: «Después de aquello, cavalgó el rey con todos los de su mesnada, et fue andar en derredor de la çibdad, et vió cómo estava en penna taiada, et los muros fuertes et las torres otrossí fuertes et espessas, et de la otra parte el río de Duero quel corríe al pie»; p. 511: «et mandó [Sancho] pregonar por toda la hueste que se guisessen pora yr otro día combater la villa. Et combatiéronla muy de rezio III días et III noches. Et las cárcavas, que eran muy fondas, todas fueron llenas de piedra et de tierra et allanadas. Et derrobaron las barvacanas et fiérense de las espadas a mantenient los de dentro con los de fuera». El célebre códice de Roda copiado en Nájera entre los siglos X y XI ya destaca la magnitud y esplendor de Zamora, equiparable con las ciudades más famosas de la época, cf. DÍAZ Y DÍAZ, Manuel C. *Visiones del más allá en Galicia durante la Alta Edad Media*, Santiago de Compostela: s. n., 1985, pp. 102-103: «La ciudad de Toledo fue la primera fundada en Hispania, y le están sometidas todas las ciudades hispanas. Hubo en Toledo un rey, llamado Octaviano, cuando aún Lugo, Astorga, León, Zamora, Braga, Chaves, oporto, Tuy no estaban construidas».

⁴³ LINEHAN, Peter. *Historia e historiadores de la España medieval*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 2012 [Ed. original en inglés, 1993].

participaron en la obra⁴⁴. Como en muchos otros poblados, la crítica ha valorado la tesis «continiuista» y, en sintonía con ello, buscado orígenes romanos a la pequeña ciudad, cuando no visigodos, aun cuando los hallazgos arqueológicos no son de momento fehacientes para afirmar que *Ocelo Duri* o *Semure* se asentaron en la *Peña tajada*⁴⁵. Puesto que las pruebas materiales no son del todo concluyentes, los mitos pueden servir, a su manera, como instrumentos⁴⁶ para acercarnos al imaginario pergeñado en un momento dado y, a partir del segmento temporal en el que aparecen, alcanzar el mundo de las representaciones porque mientras la historia ha sido siempre un objeto de constante reelaboración, y más en la España medieval que en otras partes, los mitos presentan la ventaja de ser atemporales.

En realidad, Zamora no precisaba ningún mito fundador porque ya tenía uno, aunque fuese por procuración, o sea como medio prestado⁴⁷. Una ciudad de tanta categoría tenía que haber sido necesariamente edificada por un héroe, porque estos eran quienes habían fundado las viejas urbes. En su caso, Zamora no precisó de ningún Hércules para alcanzar un anhelado prestigio dado que éste le venía de la remota e invencible Numancia con la que se le identificó en la Edad Media⁴⁸. La fuerza, y el valor de los históricos numantinos fueron recuperados por Zamora para realzar su propio pasado en el marco de una sociedad de frontera bélica muy peligrosa basada en los valores (*ethos*) de resistencia a muerte⁴⁹. Como dijera Plutarco refiriéndose a la época de los romanos –un tiempo que posteriormente fue reivindicado por los moradores de la villa–, los numantino-(zamoranos) siempre estuvieron dispuestos a dar su vida para defender las murallas de la ciudad.

En la Edad Media, la muralla era un elemento sagrado que, por el papel que desempeñaba, no se podía alterar. Su crestería era especialmente cuidada porque inmediatamente por encima de ella se encontraba el lugar en el que la tierra y el cielo entraban en contacto. El individuo que se atrevía a asaltar las murallas era considerado como un enemigo de la vida y de la seguridad que los muros procuraban a los hombres⁵⁰. Las *Siete Partidas* recordaban, además de la santidad de los recintos⁵¹, que nadie podía destruir, cavar o salvar una muralla y que para entrar en una ciudad había que hacerlo con franqueza por las puertas⁵². Como se puede notar una vez más, los bajos intereses materiales suelen estar a menudo asociados a la búsqueda de los lejanos orígenes étnicos⁵³.

⁴⁴ BENITO MARTÍN, F. *La formación de la ciudad medieval...*, op. cit., p. 155: «La población altomedieval de Zamora se sitúa en una peña entre el Duero y un valle lateral por el que discurre el arroyo Valorio. La fortaleza se localiza en la proa y cerca de ella la Catedral, con su cortejo de Palacio Episcopal y sus canonjías que se extienden en la parte sur del recinto».

⁴⁵ SÁNCHEZ-MONGE, Macarena y VIÑÉ, Ana Isabel. «Excavaciones arqueológicas en la iglesia de San Ildefonso (Zamora)», *AIEZFO*, 1989, pp. 133-144, p. 136: «Una primera fase se correspondería con las de la planta rectangular, confirmada por la presencia, en una de ellas, de un ajuar fechable en los siglos V-VI»; GARCÍA SANZ, Francisco Javier *et alii*. «La «casa del Cid» de Zamora: trabajos arqueológicos de excavación, seguimiento y documentación estratigráfica muraria», *AIEZFO*, 2001, pp. 67-84, p. 81. Las excavaciones llevadas a cabo durante los últimos años en otros sectores de la ciudad son desalentadoras en cuanto a los resultados conseguidos, demasiado frágiles y lagunares, cf. LARRÉN IZQUIERDO, Hortensia. «La evolución urbana de la ciudad de Zamora a través de los vestigios arqueológicos», *Codex Aquilarensis*, 15, 1999, pp. 91-119, p. 111: «La conclusión a la que nos lleva este breve recorrido por el subsuelo de la ciudad de Zamora es que, si bien es cierto que en los últimos años tenemos más conocimientos materiales, todavía nos quedan grandes lagunas por completar».

⁴⁶ ELIADE, Mircea. *Aspectos del mito*, Barcelona: Paidós, 2000.

⁴⁷ GARCÍA, Charles. «La invención de la identidad de la ciudad de Zamora por el franciscano Juan Gil (siglo XIII)», *Ante su identidad. La ciudad hispánica en la baja Edad Media*, Jara Fuente, José Antonio, (coord.), Cuenca: Universidad de Castilla la Mancha, 2013, pp. 243-262.

⁴⁸ JIMENO MARTÍNEZ, Alfredo y TORRE ECHÁVARRI, José Ignacio de la. *Numancia. Símbolo e historia*, Madrid: Akal, 2005, pp. 42-51.

⁴⁹ YEPES, Antonio de. *Crónica general de la orden de San Benito II*, Pérez de Urbel, Justo (ed.), Madrid: BAE, 1960, t. 124, p. 389: «Pero tengo por muy gran gloria de la ciudad de Zamora que la hayan dado el nombre de Numancia, porque para mí es muy verosímil que fué por alusión a la mucha nobleza y fortaleza de los naturales».

⁵⁰ RYKWERT, Joseph. *La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el Mundo Antiguo*, Madrid: Hermann Blume, 1985, pp. 154-156.

⁵¹ *Siete Partidas*, 7, 6, XXXIII, la ciudad es: «todo aquel lugar que es cerrado de los muros con los arrabales et los edificios que se tiene con ellos».

⁵² VALDEÓN BARUQUE, Julio. «Reflexiones sobre las murallas urbanas de la Castilla medieval», *Estudios de Historia medieval en homenaje a Luis Suárez...*, op. cit., pp. 509-522.

⁵³ CARO BAROJA, Julio. *El folklore de las ciudades*, Madrid: CSIC - Instituto de Filología, 1987.

Durante el cerco, las puertas de la ciudad jugaron un papel relevante debido a su carácter genérico⁵⁴. Se puede decir que fueron propiamente el espacio más «ritualizado» y mejor considerado de todos los de la ciudad, no por casualidad el nombre de la puerta llamada de Olivares era Óptima⁵⁵. De manera general, las puertas fueron siempre particularmente atendidas por los cronistas por su aspecto ambivalente y vulnerable⁵⁶. En la mentalidad del Medievo, las aberturas solían ser bien vistas; eran el símbolo de la confianza, de la alianza y de la salvación por medio de la penitencia⁵⁷. El hecho de pasar por un portal sin esconderse era considerado como un pacto tácito hacia quienes se visitaba. Pese a todo, las puertas podían ser también lugares peligrosos porque obraban a modo de frontera con otros espacios inquietantes sin posibilidad de volver atrás.

El segundo elemento de importancia para la ciudad es que, además de ser un espacio físico claramente delimitado, también era un territorio moral, una *universitas* en el sentido social. Si la gente miraba tan a menudo las puertas, era porque de ellas venía con frecuencia el peligro, como en el episodio del cerco, por eso eran lugares particularmente «ritualizados». La *Segunda partida*⁵⁸ advierte que el espíritu de los hombres podía ser atacado con facilidad por los orificios naturales, y por eso, de modo analógico, las puertas periféricas de las urbes cumplían el mismo cometido dejando a su vez que entraran los peligros. Por una de ellas salió alevosamente Vellido Dolfos y por ella volvió a entrar el homicida tras el asesinato sin saber de manera segura si la lanza del Cid lo alcanzó o no antes de que los sitiados cerraran el postigo⁵⁹.

Las murallas de Zamora se grabaron en la memoria colectiva porque fueron el escenario del cerco en el que se decidió la suerte de la lucha épica entre los bandos irreductibles de una misma *oikoumenê* hispánica: los castellanos y los leoneses. Considerando que el asesinato de 1072 podía perjudicar a los miembros de la dinastía real, la historiografía palatina del siglo XIII se aplicó en atenuar el hecho sin conseguirlo del todo debido a las huellas que la tragedia había dejado en la toponimia de la ciudad, desde las puertas individualizadas de las murallas hasta la llamada «cruz de don Sancho». Para algunos como Juan Gil de Zamora, el diablo era el culpable del asesinato de Sancho porque Satanás había sido el inspirador de Vellido, y por lo tanto el único responsable. En su obra titulada *De preconiis Hispaniae*, el franciscano recuerda que Urraca prometió a Vellido el matrimonio y las heredades de Villalube y Lenguar –propiedad del obispo don Suero en el siglo XIII⁶⁰– a cambio de la eliminación de su hermano. Por insignificantes que parezcan, estos detalles sirven para que no olvidemos que, en sus escritos, los cronistas nos informan más sobre ellos mismos que sobre la realidad⁶¹ de lo que ocurrió ante Zamora durante el cerco⁶².

⁵⁴ *Partida III*, 28-15.

⁵⁵ Archivo de la catedral de Zamora (=ACZ), 16/III/13, 1082.

⁵⁶ Se considera que en la época del cerco la ciudad tenía ocho puertas: Zambranos (o de doña Urraca), Mercadillo, Santa Colomba, Olivares, San Pedro, San Cipriano (Cebrián), Alcazaba y la Nueva de San Juan, *cf.*, RAMOS, *Las murallas...*, *op. cit.*, p. 14.

⁵⁷ PALAZZO, Eric. *Liturgie et société au Moyen Âge*, París: Aubier, 2000, p. 145.

⁵⁸ *Partida II*, 13-2

⁵⁹ PCG, pp. 511-512: «Et con la grand cuyta que el Çid avíe de su sennor, luego que tovo la alança, fue su vía tras Vellido a poder de cavallo que sol non atendió quel pusiessen las espuelas. Et Vellido dexó de yr al postigo et fuesse a la puerta de la villa: aquí dize la estoria que alcançó el Çid a Vellido entrante de la puerta de la villa, et quel firió de la lança et quel metió por medio de las puertas adentro, et dizen quel mató y el cavallo, et oviera y muerto a él si las espuelas oviesse tenidas».

⁶⁰ LINEHAN, Peter y LERA MAÍLLO, José Carlos de. *Las postrimerías de un obispo alfonsino. Don Suero Pérez, el de Zamora*, Zamora: Semuret, 2003.

⁶¹ Pocas son las fuentes escritas conservadas en el archivo catedralicio de Zamora contemporáneas del cerco. Entre los años 1060 y 1100 sólo existen cuatro documentos sin que ninguno haga referencia directamente al acontecimiento.

⁶² ZAMORA, Juan Gil de. *De preconiis Hispaniae. Estudio preliminar y edición crítica*, de Castro y Castro, Manuel, Madrid: CSIC, 1955, cap. 10.

3. LA NUEVA NUMANCIA: LA BIEN CERCADA

A finales del siglo IX, la *Crónica de Alfonso III*⁶³ acuñó la identificación entre Zamora y Numancia porque ambas se encontraban a orillas del Duero y porque las dos ciudades, o la misma para el caso, tenían unas murallas funcionalmente muy fuertes. Después de la crónica, los diplomas recogieron el tema de la identidad común y así quedó afianzado conforme fue pasando el tiempo. Pero, ¿por qué haber buscado con tanto tesón la equiparación de ambas *oppida*⁶⁴? Para contestar a la pregunta cabe indicar que la sociedad medieval estaba profundamente estructurada por la memoria y las autoridades del pasado. En la España medieval fue imposible crear un obispado *ex nihilo*, como lo prueba sobradamente el caso de la vecina Simancas⁶⁵. Mientras el tema de la legitimidad histórica entretenía a los «sabidores», la realidad de los hechos socio-políticos socavaba la memoria y la celebración de las glorias pasadas, razón por la que hubo que adaptarse al mundo tal y como era dado que las nuevas condiciones geopolíticas habían vuelto obsoleta la vieja estructura diocesana⁶⁶. Lo difícil para quienes decidían era salvar la contradicción entre el imaginario y la materialidad visible de las cosas. Cuando se inició el proceso de restauración neo-gótica, más conocido bajo el nombre de «Reconquista», los reyes de Oviedo-León restauraron las viejas sedes episcopales, es decir aquellas que tenían una tradición histórica conocida, aunque en realidad fuese artificial⁶⁷. El problema de las restauraciones se complicó cuando hubo que fundar sedes donde nunca habían existido con anterioridad, caso de Zamora.

A principios del siglo X, poco después de que se escribiera la crónica asturiana, Zamora se había convertido la principal fortaleza del reino de Oviedo frente al islam. Se había desarrollado al calor del impulso cristiano hacia el sur. La posición defensiva era tan fuerte que las aceifas sarracenas debían contar con ella antes de iniciar sus correrías anuales por la Meseta⁶⁸. Por sus defensas, y por la población que en ella residía, Zamora no podía ser militarmente ignorada⁶⁹. Astorga, Salamanca o Palencia tenían una vieja tradición episcopal y cristiana, pero no Zamora⁷⁰. Ahora bien, puesto que la necesidad defensiva apremiaba sobre las consideraciones de la legitimidad, las élites ovetenses hicieron lo propio para equiparar la reciente fundación situada a orillas del Duero con la antigua y heroica Numancia⁷¹. La actuación no era para nada inédita puesto que ya se ha-

⁶³ *Les Chroniques asturiennes à la fin du IX^e siècle*, Bonnaz, Yves (ed.), París: CNRS, 1987, versión *rotensis*, 8.1, p. 45: «qui cum fratre Froilane saepius exercitum mouens, multas ciuitates bellando cepit, id est, Lucum, Tudem, Portugalem, [...] Letesmam, Salamanticam, Numantiam quae nunc uocitatur Zamora...».

⁶⁴ Sobre los avatares históricos del mito numantino, cf. JIMENO MARTÍNEZ y TORRE ECHÁVARRI, *Numancia, símbolo...*, *op. cit.*

⁶⁵ DESWARTE, Thomas. «Restaurer les évêchés et falsifier la documentation en Espagne. La suppression du diocèse de Simancas (974) et l'église cathédrale d'Astorga», *Revue Mabillon*, n.s., 15 (t. 76), 2004, pp. 81-106.

⁶⁶ REGLERO DE LA FUENTE, Carlos Manuel. «Los obispos y sus sedes en los reinos hispánicos occidentales. Medios del siglo XI – mediados del siglo XII: tradición visigoda y reforma romana», *XXXII Semana de estudios medievales (Estella, 18-22 de julio de 2005). La reforma gregoriana y su proyección en la Cristiandad occidental, siglos XI-XII*, s.a., Pamplona: Gobierno de Navarra, 2006, pp. 195-288.

⁶⁷ *La división de Wamba: contribución al estudio de la historia y geografía eclesiásticas de la Edad Media española*, Vázquez de Parga, Luis (ed.), Madrid: CSIC, 1943, p. 113: «Numantia, quam nostrates Goti postea Cemoram uocauerunt». Sobre el mismo tema, cf., la versión pelagiana forjada en Oviedo por su obispo Pelayo (1101-1130) a partir del *Liber Itacii*, p. 101.

⁶⁸ RUIZ ASENCIO, José Manuel. «Campañas de Almanzor contra el reino de León (981-986)», *AEM*, 5, 1968, pp. 31-64.

⁶⁹ PÉREZ DE TUDELA y VELASCO, María Isabel. «Guerra, violencia y terror. La destrucción de Santiago de Compostela por Almanzor hace mil años», *En la España Medieval*, 31, 1998, pp. 9-28.

⁷⁰ LERA MAÍLLO, José Carlos de. «Los procesos de fundación y restauración de la diócesis de Zamora. Siglo X-XII», *XI centenario de la fundación de la diócesis de Zamora (901-2001)*, Zamora: Obispado de Zamora, 2002, pp. 7-19.

⁷¹ FLÓREZ, Enrique. *España Sagrada*, XIV, p. 386: «Los que hablaron de Zamora después del siglo IX le aplicaron el nombre de Numancia, siendo tan común este dictamen en tiempo de los reyes de León, que no se oye otra cosa en los escritores de aquel tiempo. El Silense, que la describe *Semura*, dice *quae prisco tempore Numantia vocabatur*. El cronicón Iriense, para decir que el rey Ordoño II enfermó en Zamora, no halló más voz que la de Numancia: *Numantiae aegrotus*. El obispo de Oviedo Pelayo dio título de obispado a Numancia en la división atribuida a Wamba, entendiéndose por aquel nombre a Zamora, por lo que la colocó entre los sufragáneos de Mérida. lo mismo practicaron los obispos, que después de Alfonso el Magno usaron el título de numantinos, los cuales denotaban a Zamora, por ser cosa generalmente

bía llevado con éxito anteriormente una serie de *translatio sedis*. El subterfugio había sido utilizado en tiempos pasados cuando Iria Flavia pasó a Compostela⁷²; o cuando la sede de Lucus Asturum pasó a Oviedo. Lo cierto es que cuando Sancho II se presentó con sus tropas ante la ciudad estaba convencido de sitiar de nuevo Numancia, como en su día lo hiciera el prestigioso cónsul romano Escipión *El Africano*. Numancia no había tenido obispado, pero su fama guerrera era suficiente para legitimar cualquier nueva fundación (*civitas*), y así fue como el legado numantino recayó en Zamora a partir de finales del siglo IX⁷³.

La muralla edificada en la peña de Zamora, al oeste de la población, ha sido siempre vista como el recinto primigenio de la acrópolis que contenía la catedral y el castillo⁷⁴, las dos construcciones de creación regia que dominaban simbólicamente la ciudad. Relativamente alejadas de las casas del pueblo llano, las torres del alcázar y las de la iglesia mayor se erguían orgullosamente en el horizonte. Ambas ponían de manifiesto las autoridades que imperaban en la ciudad: el obispo –inexistente y por lo tanto anacrónico en el episodio del cerco– y el *domina villae*, para el caso la infanta Urraca, que con ellas afirmaban su poder. En Zamora, la ciudadela asentada en el espolón está separada con nitidez del resto de la población por su posición más elevada y excéntrica con relación al entorno inmediato. En la cúspide de la altiplanicie, los muros y las torres de la catedral eran piezas elementales del sistema militar urbano⁷⁵. Era el último refugio de la población⁷⁶ y allí fue donde se asentaron seguramente los nobles leoneses que acudieron a respaldar a Urraca⁷⁷. Sin embargo, a pesar del carácter sagrado del recinto, las murallas de Zamora fueron horadadas en 1278 por un grupo social que abrió en ellas un importante hueco. ¿De qué se trata?

Aquel año, unos canónigos, hastiados de dar rodeos para llegar a las huertas y a las bodegas que tenían al pie de la roca, mandaron arrasar un paño del recinto para hacer en él una escalera⁷⁸.

recibida en aquel tiempo la identidad de uno y otro nombre», p. 387: «El motivo que tuvieron los de la edad media en aplicar a Zamora aquel nombre sería por escribirlo así algunos indoctos geógrafos antiguos, que andaban escasos en aquel tiempo nada culto (sic) y, por tanto, le adoptaron otros sin escrúpulo».

⁷² *Historia Compostellana*, Falque Rey, Emma, (ed.), *Corpus Christianorum Continuatio Medievalis*, 70, Turnhout: Brepols, 1988.

⁷³ *Colección documental de la catedral de Salamanca. T. I (1098-1300)*, Guadalupe Beraza, María Luisa; Vaca Lorenzo, Ángel; Martín Martín, José Luis y Villar García, Luis Miguel (ed.), León: Centro de estudios e investigación «San Isidoro», 2010; y la edición más antigua, *Documentos de los archivos catedralicio y diocesano de Salamanca (siglos XII-XI-II)*, Martín Martín, José Luis; Villar García, Luis Miguel *et alii* (ed.), Salamanca: Universidad de Salamanca, 1977, doc., n° 4, p. 86: «urbem Zamoram, que antiquitus Numantia vocatur, et universa que tunc in temporis diebus in eadem urbe ab ipso Episcopo obtinendo possideri videbantur, cum Campo de Tauro, his subsequentibus terminis, concessit: videlicet: Morerola de ripa Estole, de abbate don Fortes; Rego de auro Alvariz nominato; Manganeses, Archelinos, Villa ardega, Cotanes, Barzianos, Villar de Fratibus. Et inde quomodo determinat per Almaraz; deinde per Gregos et per Mozot et per Sanctam Mariam de Castellanos et per Villam Felix; et ab hinc, per Villam Petrosam; inde per Villa Lali, et inde ad Villam Lobroiso, in ripa Dori»; SÁNCHEZ HERRERO, José. «Historia de la Iglesia de Zamora. Siglos V al XV», *Historia de Zamora*, 3 t., t. 1. *De los orígenes al final del Medievo*, Zamora: Diputación de Zamora, 1995, pp. 687-753. Entre otros muchos, un diploma con fecha del 28 de mayo de 1131 basado en la tradición afirma la equivalencia entre Zamora y Numancia; ACZ, *Tumbo negro de Zamora (=TNZ)*, f° 18-19r, f° 18: «in honore sancti Saluatoris et beate Dei Genitricis et Virginis Marie et omnium sanctorum martyrum, scilicet, confessorum et virginum, quoru basilica fundata esse dinoscitur in urbe Neumantia que uocatur Zamora, discurrente flumine Dorio».

⁷⁴ No se trata por supuesto del edificio actual, posterior al cerco, momento en el que, por lo demás, Zamora tampoco tenía obispo propio pues estaba incorporada a Astorga.

⁷⁵ LADERO QUESADA, Miguel Ángel. *Ciudades de la España medieval. Introducción a su estudio*, Madrid: Dykinson, 2010, p. 104. En Zamora, la torre de la iglesia de San Cebrían reforzaba por ejemplo la muralla en aquel espacio.

⁷⁶ HEERS, Jacques. *La ville au Moyen Âge en Occident. Paysages, pouvoirs et conflits*, París: Hachette-Fayard, 1990, p. 73.

⁷⁷ LUIS CORRAL, Fernando. «Leoneses y castellanos en el cerco de Zamora», *Fundamentos medievales de los particularismos hispánicos. IX congreso de estudios medievales, 2003*, Ruiz de la Peña, Juan Ignacio (dir.), Ávila: Fundación Sánchez-Albornoz, 2005, pp. 391-410, p. 407: «Se produjo, por tanto, una oposición de la nobleza leonesa a los intentos usurpadores de Sancho II que se hizo efectiva utilizando como baluarte la ciudad de Zamora y que se encarnó en la persona de la infanta Urraca».

⁷⁸ Sabemos que en esta zona los obispos elaboraban sus propios caldos como lo prueba el testamento que Pedro II redactó en el año 1302, cf. LERA MAÑILLO, José Carlos de. «El testamento del Obispo de Zamora Pedro II. Año 1302, edición diplomática», *Homenaje a Antonio Matilla Tascón*, Zamora: Instituto de estudios zamoranos «Florián de Ocampo», 2002, pp. 355-360, p. 357: «Otróssí, mandamos a la nostra capelanía dos cubas [...] que están enna bodega de las

El concejo se enojó ante el atrevido sacrilegio de los clérigos⁷⁹. Era impensable que unos canónigos derribaran una parte de la muralla sabiendo ellos mejor que nadie que ésta era un bien propiedad de la comunidad (*bien de propios*), además de ser inalienable. Sin perder tiempo, la recién creada escalera fue deshecha, actuación que generó un largo pleito entre el cabildo y el concejo de la ciudad⁸⁰. El «intelectual»⁸¹ local Juan Gil de Zamora intervino en el asunto con la intención de arreglar las cosas⁸². El fraile franciscano conocía la urbe mejor que nadie por haberle dedicado un pequeño estudio al que había puesto por título: *De preconii civitatis Numantine*⁸³. Para Juan Gil, muy inspirado por la tradición de las alabanzas isidorianas, Zamora era la mejor ciudad del mundo. En ella había y sobraba de todo. Era la nueva tierra prometida ubicada en medio de un valle feraz donde la naturaleza prodigaba lo mejor que tenía a los habitantes: caza, pesca, vinos⁸⁴... Además de tener unas magníficas murallas, la urbe *duriense* se distinguía de las demás por sus espléndidos puentes construidos nada menos que por el *pontifex* Numa Pompilio⁸⁵, el fundador de Numancia y sucesor de Rómulo como rey de Roma. En el librito de alabanzas destinado a asentar la comparación entre Zamora y Numancia, el autor recordó que la ciudad había sido arrasada por los agarenos en tiempos de Ramiro III. Con este detalle daba a entender que los lugareños siempre habían preferido la muerte a la rendición, el sacrificio al deshonor. Para el franciscano, los genes de los habitantes se habían mantenido sin alteración como los vecinos lo demostraron a la vista de todos en varias ocasiones:

«Y aunque los ciudadanos [de Zamora] resistían valientemente y no querían pagarles tributo alguno, después de muchas destrucciones y calamidades que soportaron para mantener libres

nostras cassas sobre la Pena, e mandamos a esta capelanía trescientos maravedís para vinas o para casas o para aquello que viren nuestros executores que será meyor».

⁷⁹ *Concejos y ciudades en la Edad Media hispánica. II Congreso de estudios medievales*, Ávila: Fundación Sánchez-Albornoz, 1990.

⁸⁰ ACZ, 9-25b: «Otrossí, mandé [Sancho IV] que el obispo et las otras personas de la egleſia de Çamora ayan las escaleras quelle fueron cerradas que salían sobre la penna a sos huertos et a sos bodegas et a los labrados»; ACZ-TBZ, f^o 20r-v, 20v: «Otrósí, mando que el obispo e las otras personas de la egleſia de Çammora ayan las escaleras que les furon cerradas, que salían sobre la penna a sus uertos et a sus bodegas et a sus salidos». Sobre la importancia del suelo eclesiástico en la ciudad y el crecimiento del elemento «cívico» contrario a aquel, cf. MONSALVO ANTÓN, José María. «Espacios y poderes en la ciudad medieval. Impresiones a partir de cuatro casos: León, Burgos, Ávila y Salamanca», *Los espacios de poder en la España medieval. XII semana de estudios medievales, Nájera, 2001*, IGLESIA DUARTE, José Ignacio de la (coord.), Logroño: Instituto de estudios riojanos, 2002, pp. 97-147, p. 132-143.

⁸¹ LE GOFF, Jacques, *Los intelectuales en la Edad Media*, Barcelona: Gedisa, 1986. Las comillas indican el anacronismo de un término forjado a finales del siglo XIX como lo indica el autor del libro.

⁸² ACZ, 9-25a: «E sabida la uerdad por todas aquellas maneras que lo yo meior e mas conpridamiente pude saber a la sazón, e seyendo yo en Çamora así en la uilla de Çamora como en derredor a auído mio conseyo con el dean de Seuilla a con el Maestre de Alcantara e con Pero Aluarez e con frey Iohan Gil doctor de los frayres descalços de Çamora [...] que fueran anbos tractadores desta auenençia entre el obispo e el cabildo de la Egleſia de Çamora e el concejo e los juyzes dese mismo lugar». Tumbo blanco de Zamora (=TBZ), 22v-25r, 23v. Sobre decir que la élite eclesiástica salió ganando, porque así eran las cosas en el mundo judicial de la Edad Media.

⁸³ El opúsculo ha sido publicado varias veces. Hemos consultado dos versiones con algunas variantes, sabiendo que seguiremos preferentemente el texto de la RAH, Ms. 9/4922, f^o 99-136 publicado por FITA, Fidel. «Informe. Dos libros (inéditos) de Gil de Zamora», *BRAH*, 5, 1884, p. 131-200; la segunda versión es la que se conserva en la universidad de Salamanca, Ms. 2319.

⁸⁴ FITA, «Informe. Dos libros...», *op. cit.*, traducido por COSTAS, Jenaro, *Juan Gil: alabanzas e historia de Zamora* (trad. y estudio), Zamora: Ayuntamiento de Zamora, 1994, p. 67: «Ningún ejército puede privarla de la abundancia de agua, puesto que pozos sempiternos brotan de las rocas por casi toda la ciudad manando constantemente. Las montañas de Sayago y Aliste le suminsitran caza abundante; un valle excelso, un valle campestre, un valle regio, un valle dorado, un valle laborable la fecundan con admirable feracidad. Está separada por dos jornadas de distancia del lugar donde se pescan lampreas y sollos. En dirección a Portugal la distancia desde el mar, desde Oporto, es de siete jornadas de una bestia de carga. En dirección a Asturias dista desde el mar, desde el puerto de Avilés, unas cinco o seis jornadas. Por esta razón en las épocas adecuadas tiene abundancia de pesca marina. Los ríos que la rodean le suminsitran pesca fluvial en gran cantidad. Tiene frutos con con admirable fecundidad. Su vino guarda un término medio entre el grueso y el ligero, es abundante, excelente y conveniente para la salud».

⁸⁵ FITA, «Informe. Dos libros...», *op. cit.*, pp. 169-170: «Pontibas et fluuiis, muris phorisque decora, Urbibus est aliis regni prelata Zamora»; «Con sus puentes y ríos, sus muros y plazas engalanada, / es preferida Zamora a las otras ciudades de España»; COSTAS, *Juan Gil, op. cit.*, p. 67.

los dominios de sus señores, como no querían en modo alguno entregar la ciudad y no tenían posibilidades, los enemigos la arrasaron hasta sus cimientos. Y prometieron que preferían morir antes que pasar esta vida en la molición pagando tributos a quien no era su señor natural. Efectivamente, siempre fue innato y peculiar que los numantinos o zamoranos el preferir la muerte antes que vivir sometidos a un tributo. Sin duda les produce inmensa tranquilidad el dominio natural y consideran siempre abominable el que no lo es».⁸⁶

Con relación al episodio del cerco, Juan Gil no podía pasar por alto el tema del regicidio. Para acortar las críticas que se habían escrito contra los zamoranos, principalmente las debidas al arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada, el fraile menor afirmó en su opúsculo que el alevoso Vellido Dolfos era castellano, de la infame familia de los Vela⁸⁷. Más contundente todavía, no dudó en afirmar que Vellido había obrado por inspiración del diablo como se ha visto, y en parte influenciado por Urraca⁸⁸, con lo cual el honor de la ciudad quedaba a salvo. El fraile quería que todos se enterasen que los zamoranos no habían participado en el asesinato, por lo que su reputación permanecía inmaculada.

A pesar de la intensa emoción que las murallas levantaban en el imaginario medieval⁸⁹, las élites bajomedievales de Zamora nunca pensaron representarlas en el escudo de armas de la ciudad, prefiriendo colocar en él el brazo armado de Viriato, el valiente guerrero-pastor lusitano, y el puente de la vieja Mérida. Dentro o fuera de la ciudad murada, lo cierto es que en el sistema de valores siempre ambiguo de la Edad Media, la comunidad de los vecinos se sentía partícipe de un proyecto común y positivo⁹⁰, con independencia del lugar de residencia. En Zamora, los habitantes de los populares «barrios bajos», densamente poblados por oposición a la «acrópolis»⁹¹, situados fuera del recinto superior, se sentían tan zamoranos como los demás, los superiores de «adentro», porque una cosa son los escritos de los clérigos cronistas –una pura representación mental– y otra las informaciones que aporta la arqueología⁹² con relación a la topografía urbana. En la Zamora de finales del siglo XI, en la época del cerco, la ciudad ya contaba con una serie de arrabales conocidos por su impronta rural y artesana: Puebla del Valle, San Lázaro, Olivares,

⁸⁶ FITA, «Informe. Dos libros...», *op. cit.*, p. 154 para el texto original; y COSTAS, J., *Juan Gil, op. cit.*, p. 51 para la traducción.

⁸⁷ VAQUERO, Mercedes. *Tradiciones orales en la historiografía de fines de la Edad Media*, Madison: The Hispanic seminary of medieval studies, 1990, pp. 68-73.

⁸⁸ FITA, «Informe. Dos libros...», *op. cit.*, p. 159 para el texto original, y COSTAS, J., *Juan Gil, op. cit.*, pp. 56-57 para la traducción: «Y estando así asediada la ciudad largo tiempo, sucedió que el diablo se apareció a cierto caballero castellano, llamado Bellido Dolfos, sobrino de Rodrigo Vela, que en León asesinó alevosamente al infante García con las mismas manos que usó para alzarlo de la pila bautismal. Y al tal caballero Bellido, que traía su origen de sangre de condes, le persuadió el demonio de que, si venía a Zamora y liberaba a doña Urraca de las manos del rey Sancho, podría disfrutar de su concubinato. Accediendo a tales incitaciones Bellido y viniendo a Zamora, trató del asesinato del rey Sancho solamente con Urraca Fernández, con el desconocimiento de todos los ciudadanos».

⁸⁹ SETA, Cesare de y LE GOFF, Jacques (coords.). *La ciudad y las murallas*, Madrid: Cátedra, 1991, LE GOFF, Jacques. «Construcción y destrucción de la ciudad amurallada. Una aproximación a la reflexión y a la investigación», pp. 11-20; SETA, Cesare de. «Las murallas, símbolo de la ciudad», pp. 21-66.

⁹⁰ Cabe recordar que la muralla medieval de Zamora existió hasta finales del siglo XIX, momento en el que fue, en parte, derribada. Hasta dicha fecha relativamente tardía, las puertas de la ciudad eran cerradas cada noche, siguiendo una costumbre atávica que fue denunciada con virulencia por los habitantes de «afuera» que se sentían excluidos de los servicios de urgencia, cf. *La Opinión de Zamora*, 7 de mayo de 2006, «Aguas para sanar», IX: «Corría la primavera de 1868 y Zamora conservaba íntegro su recinto amurallado, el cual cerraban totalmente llegada cierta hora de la noche... No es agradable que nuestros vecinos y hasta forasteros las encuentren cerradas a las nueve o nueve y media de la noche. Y que esos viajeros que vienen caminando durante horas, para despachar asuntos que tengan pendientes de resolver en la ciudad tengan que pernoctar fuera... Lo contrario sucede con los vecinos que habían en los arrabales fuera del recinto..., a nada que se descuiden en el interior de la ciudad, cuando van a salir para casa ya están cerradas las puertas... O esas personas de citados arrabales, que enfermando repentinamente, sus familiares no pueden entrar en busca del médico, o alguna medicina en la botica».

⁹¹ REPRESA, Armando. «Génesis y evolución urbana de la Zamora medieval», *Hispania*, 122, 1972, pp. 525-545.

⁹² LARRÉN IZQUIERDO, Hortensia. «La evolución urbana de la ciudad de Zamora a través de los vestigios arqueológicos», *Codex aquilarensis. Cuadernos de investigación del monasterio de Santa María la Real*, Valdés Fernández, Fernando (coord.), 15, 1999, pp. 91-118.

Puebla de la Vega⁹³..., que aunque estaban fuera de la primigenia muralla formaban parte de la misma *communitas* porque, repitiendo lo afirmado por Isidoro de Sevilla, la ciudad, en sentido genérico, recibía el nombre de los habitantes que en ella moraban, y no de sus murallas⁹⁴. Cuando Sancho II se presentó ante Zamora se encontró ante las murallas de una urbe «bien cercada», conforme a la poliorcética medieval, pero también frente a un colectivo humano animado por una idea vital común.

Hemos insistido en que los acontecimientos que cuentan las crónicas medievales no pueden ser considerados «históricos» en el sentido moderno de la palabra, no así en la percepción historiográfica medieval para la que era suficiente poner unas determinadas fechas a unos hechos para volverlos «históricos»⁹⁵. Para los autores de la Edad Media, la historia que narraban se situaba dentro de la zona intermedia que existía entre el tiempo cósmico y el tiempo vivido. Cuando se produjo el cerco castellano, la ciudad «feudal» de Zamora estaba delimitada por una muralla, pero también abierta al campo circundante del alfoz. Los habitantes de la ciudad traspasaban a diario el recinto amurallado para trabajar fuera de él, mientras que muchos labradores residían dentro del casco urbano. Dejando de lado el aspecto imaginario⁹⁶, no hay que olvidar que tanto la ciudad amurallada como el campo eran los componentes básicos del sistema económico y político medieval, y ese fue de hecho el conjunto *–universitas–* con el que se enfrentó el rey Sancho en Zamora durante siete meses –¿cómo no?–, entre mayo y el 7 de octubre del año 1072.

La muralla de Zamora era una pared de piedra, un elevadísimo e infranqueable muro pétreo de unos 8 metros de altura. Para la sensibilidad medieval, la piedra, aunque un objeto muerto, era una materia resistente opuesta a la madera, considerada ésta como un elemento vivo y dinámico⁹⁷. A pesar de su relativa inferioridad simbólica, de su inercia y de su aspecto grosero, se asociaba a la piedra con lo sagrado por su carácter inmutable, una virtud que a menudo le confería una dimensión de eternidad, como algo firme y duradero, insensible al transcurso del tiempo, y este aspecto tranquilizaba a los habitantes que vivían dentro de ella. Los medievales sabían que las estatuas de piedra eran las que más duraban, creían que eran eternas porque resistían al fuego, y por eso infundían confianza en la población con relación al futuro, como también lo hacía la muralla protectora.

⁹³ *El trabajo del cuero en la Castilla medieval. Las curtidurías de Zamora*, Cano Herrera, Mercedes (dir.), Valladolid: Castilla ediciones, 2015, pp. 31-34.

⁹⁴ SEVILLA, Isidoro de. *Etimologías*, op. cit., p. 226: «Civitas est hominum multitudo societatis vinculo adunata, dicta a civibus, id est ab ipsis incolis urbis... , civitas autem non saxa, sed habitores vocantur»; p. 227: «Ciudad es una muchedumbre de personas unidas por vínculos de sociedad, y recibe este nombre por sus ciudadanos, es decir, por los habitantes mismos de la urbe... , en tanto que *civitas* hace referencia, no a sus piedras, sino a sus habitantes».

⁹⁵ GUENÉE, Bernard. *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval*, París: Aubier, 1980, pp. 147-148.

⁹⁶ MITRE, Emilio. *Ciudades medievales europeas. Entre lo real y lo ideal*, Madrid: Cátedra, 2013, p. 16: «La ciudad se inscribe en el centro de una relación entre habitar y construir, entre la ciudad real y la filosófica e ideal de Platón».

⁹⁷ PASTOUREAU, Michel. *Une histoire symbolique du Moyen Âge occidental*, París: Le Seuil, 2004, pp. 82-83.